

“Sintiéndose ‘como en casa’...” Indagaciones sobre la experiencia de los primeros hombres que ingresaron a estudiar trabajo social en Chile*

Paulina Morales Aguilera**

RESUMEN

El presente artículo aborda algunas aristas del proceso de incorporación de hombres a la carrera de Trabajo Social en los años 60-70, una profesión considerada tradicionalmente como femenina. Sus motivaciones, recepción y cosmovisión profesional son los tópicos centrales de la discusión, desde tres categorías de análisis subyacentes: género, política y trabajo.

Palabras clave: Trabajo social – ingreso de hombres – género – política - trabajo

“Sentindo-se ‘em casa’...” indagações sobre a experiência dos primeiros homens que entraram para estudar Trabalho Social em Chile

RESUMO

O presente artigo discute alguns pontos do processo de incorporação de homens na carreira de Trabalho Social nos anos 60-70 anos, uma profissão tradicionalmente considerada como feminina. Suas motivações, recepção e cosmovisão profissional são os tópicos centrais da discussão desde três categorias de análise subjacente: gênero, política e trabalho.

Palavras-chave: Trabalho social – incorporação de homens - gênero - política - trabalho

* Artículo recibido: 02/07/2015. Artículo aprobado el 26/08/2015.

** Chilena. Académica adjunta Universidad Andrés Bello y Universidad Autónoma de Chile. E mail: correopaulinama@gmail.com

“Feeling ‘at home’...” Inquiries on the experience of the first men studying social work in Chile

ABSTRACT

This article discusses some points in the process of incorporating men into the career of Social Work in 1960s-1970s, a profession traditionally considered feminine. Their motivations, reception and professional understanding are the central topics of discussion from three categories of underlying analysis: gender, politics and work.

Keywords: Social work, incorporating men, gender, politics, work

Cuestiones preliminares

En 1925 se fundó en Chile la primera Escuela de Servicio Social, pionera también a nivel latinoamericano. Como se conoce, esta primera escuela sólo aceptaba mujeres, siguiendo la tendencia presente en países como Alemania, Austria, Finlandia o Italia. A diferencia de esto, en Bélgica coexistían tres modalidades: escuelas femeninas, escuelas mixtas y escuelas para hombres. Otros países tenían sólo escuelas mixtas, como ocurría en Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Países Bajos, Suecia, Canadá y Checoslovaquia. No obstante este reporte, “en todas las partes donde hay escuelas mixtas, la gran mayoría de los alumnos son mujeres” (Cordemans, 1927: 53). Se pensaba, pues, que condiciones inherentes a la labor de visitadora, tales como espíritu de sacrificio, olvido de sí misma o espíritu social, eran privativas de las mujeres.

Noventa años de historia es un tiempo propicio para indagar en diversas dimensiones de ese devenir profesional. Una de ellas, muy poco explorada hasta ahora¹, dice relación con el ingreso de hombres (estudiantes varones) a la carrera, en torno a la década del '60. ¿Cómo se produjo dicho tránsito? ¿Cuál es la experiencia de algunos de sus protagonistas? ¿Qué categorías de análisis per-

¹ En efecto, casi no hay estudios al respecto. Actualmente encontramos algunas investigaciones que abordan el imaginario de estudiantes de Trabajo Social hoy en día, especialmente en relación con la construcción de su masculinidad en el marco de una profesión femenina. Destacan las indagaciones de A. Valenzuela (2014); A. Valenzuela y F. De Keijzer (2015). También las tesis de grado de Antriao, P. (et al.), 2012; Acuña, M.J. (et al.), 2014.

miten 'leer' tal proceso? Son todas interrogantes que surgen en un primer acercamiento al tema. Pese a que son innumerables las dimensiones que pueden desprenderse de un tema como el que aborda este artículo, se acotará la discusión, tanto por las limitaciones del formato como en virtud de un tratamiento intensivo más que extensivo del tema.

Cabe señalar que este trabajo es fruto de una acotada investigación cualitativa cuyo objetivo central fue describir y problematizar el contexto de la época en que comenzaron a ingresar los primeros estudiantes varones a la carrera de Servicio Social, en la década de los '60. Ello, a partir de dos recursos metodológicos. Primero, una revisión bibliográfica, especialmente de fuentes primarias y secundarias disponibles. Segundo, por medio de cinco entrevistas a trabajadores sociales que formaron parte de esas primeras generaciones².

Primera parte: tópicos orientadores

En un primer acercamiento, en este apartado se presentarán sintéticamente algunos resultados agrupados en un conjunto de tópicos que remiten a aspectos centrales en relación con la experiencia vivida.

Motivaciones para estudiar Servicio o Trabajo Social

- Motivaciones centradas en intereses sociales y políticos: “la mayoría de los hombres que estábamos teníamos una opción política clara, y éramos los que más participábamos y nos mo-

² Corresponde agradecer sinceramente la participación de los cinco entrevistados, quienes accedieron con total disponibilidad a compartir sus experiencias. Sus nombres, año de ingreso a la universidad y plantel de estudio, respectivamente, son los siguientes: Omar Ruz, 1962, Universidad de Chile; Guillermo Crovari, 1967, Universidad de Chile (sede La Serena); Luis Cáceres, 1968, Universidad de Chile (sede Temuco) y posteriormente Universidad de Concepción; Mario Ossandón, 1970, Universidad Católica de Santiago; Rafael Pizarro, 1973, Universidad Católica de Santiago.

víamos, teníamos práctica política” (E5); “Básicamente fue por razones políticas” (E1)³;

- Participación política, en la mayor parte de los casos militante: “en esos años era bastante difícil no tener militancia política” (E2).
- Ligado a la comprensión del Servicio o Trabajo Social en aquella época: “una profesión que la sentía al servicio de los sectores populares” (E1).
- Preeminencia de lo político en las motivaciones de los hombres, a diferencia de intereses altruistas o caritativos de las mujeres: “de alguna manera, esta idea remite a un espacio más bien femenino” (E1).
- Intereses vinculados a la Doctrina social de la Iglesia, especialmente por parte de jóvenes provenientes de organizaciones como la Juventud de Estudiantes Católicos (JEC) y la Juventud Obrera Católica (JOC).
- Vinculación entre universidad y mundo laboral, en el caso del convenio entre Universidad Católica y la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), que propició el ingreso de alumnos/as provenientes del mundo laboral (es el caso de uno de los entrevistados).
- Intereses por trascender a la mera comprensión de una sociedad en ebullición, para posibilitar su transformación: Trabajo Social más bien como “un «oficio» antes que una «profesión académica», con “una dimensión muy práctica, muy concreta, de relación con la sociedad” (E4).
- Trabajo Social como un espacio de despliegue para las iniciativas de cambio socio-político estructural de carácter generacional: “lo que caracterizó a esa generación fue el convencimiento de que teníamos el mundo en nuestras manos para cambiarlo” (E4).

³ Esta denominación significa Entrevistado 1. Sucesivamente se seguirá dicha nomenclatura.

Recepción por parte de la familia y entorno más próximo

- En términos globales, apoyo familiar frente a la decisión de estudiar Servicio Social: “Mi familia ni un problema porque sabían por qué estaba tomando la decisión y les pareció además muy bien” (E1).
- También cierta curiosidad e indiferencia en aquellos casos que no tenían referencias de la carrera: “en mi familia la que más vibró con esto fue mi madre, el resto no dimensionaba qué era la universidad” (E5).
- Recepción positiva también del entorno social más próximo: “para mis compañeros de curso, desde el punto de vista social, era como obvio. Lo raro hubiese sido que hubiera entrado a ingeniería” (E4).
- Finalmente, de manera latente, cierta desconfianza o inquietud en torno a la masculinidad de esos primeros estudiantes: “en el entorno, evidentemente, y eso te lo va a decir cualquiera de los que fueron los primeros en entrar a estudiar, la sospecha era que obviamente, que si tú estás estudiando una profesión donde todas eran puras mujeres, la sospecha... si estabas estudiando una profesión concebida principalmente por mujeres, es porque eras gay” (E1).

Recepción por parte de compañeras, profesores/as y supervisoras

- De parte de las compañeras de curso o de carrera, hay coincidencia en lo positivo de la recepción: “las compañeras muy bien, ni un problema. Mucho regaloneo...” (E1); “ni un problema, nunca. A ver, al revés, nosotros estábamos admirados de que nos recibieran tan bien [...] Fue una cosa de sentirse como en su casa, no como pollo en corral ajeno, para nada, todo lo contrario” (E2); “Yo no noté diferencia, me acuerdo, ni entre los hombres ni entre las mujeres [...] es decir, el ambiente era como muy natural, muy normal, éramos todos compañeros” (E5).

- Por parte de los profesores, recepción en general positiva, aunque matizada nuevamente por la inquietud (de profesores hombres) en torno a la orientación sexual de estos primeros estudiantes varones: “[sus preguntas] iban en la onda de si acaso éramos gays o no, insinuaciones...” (E1).
- Buena acogida también por parte de compañeros de otras carreras, aunque también cruzadas en parte por la misma interrogante de los profesores varones: “Y de hecho los compañeros de Derecho, cuando ya estábamos en la carrera, era la primera pregunta que nos hacían: ‘oye, no te enojas pero, ¿qué onda, tú eres...?’. Y ahí, ‘no, pa’ nada’. ‘Entonces te gustan mucho las mujeres’” (E1).
- De parte de supervisores/as de práctica, también positiva recepción, destacando incluso la preocupación y detalle con que eran definidos los casos que asumirían estos nuevos practicantes varones: “todo lo que fueran obstáculos o impedimentos producto de cuestiones atávicas... ellas despejaron un poco el campo para que nosotros pudiéramos entrar sin mayores dificultades” (E1).

Comprensión del Trabajo Social

En concordancia con la efervescencia de la época, Trabajo Social se vinculaba estrechamente a las iniciativas de cambio social estructural en boga. En varios de los entrevistados resonaba la tesis marxiana en torno a la necesidad de transformar el mundo, no sólo de interpretarlo. Sus propias cosmovisiones en torno a la comprensión profesional del Servicio Social y de la labor de los/as asistentes sociales dan cuenta de ello:

- “[Un quehacer] al servicio de los sectores populares, intentando resolver problemas de los sectores populares. Y de alguna manera el trabajador social era el profesional de los pobres [...] Llegué a la conclusión de que Trabajo Social, o Servicio Social en aquella época, era una disciplina o una profesión que tenía un tremendo potencial, un potencial educativo” (E1);

- “Esta profesión, efectivamente por su identidad de trabajo con la gente con problemas y dificultades, facilita el camino de la concientización política y de la organización política. Y, por lo tanto, Trabajo Social pasa a ser una herramienta muy importante para desarrollar el trabajo político, no sólo en las juventudes de los partidos, sino que el proyecto social de los partidos: la concientización de los obreros en los sindicatos, en los centros de práctica vinculados a las empresas, o en el campo” (E3);
- “Una profesión que me permitiera hacer mejor las cosas que como activista” (E5).
- “[Un Trabajo o Servicio Social que] “era concreto, que era en terreno, que era posible” (E4).

Segunda parte: categorías de análisis

Con miras a profundizar la reflexión y trascender a lo meramente descriptivo, se definieron tres grandes categorías de análisis a través de las cuales interpretar la realidad que supuso el ingreso de hombres a la carrera de Servicio Social. Tales tópicos estructurantes son: i) Perspectiva de género; ii) Lo político; iii) Mundo del trabajo. Se trata sólo de un ejercicio analítico, pues entre estos tres campos se establecen cotidianamente relaciones de proximidad, concomitancia, y/o superposición, impidiendo delimitaciones taxativas entre ellos, como podrá observarse.

Perspectiva de género

Cierto es que los entrevistados refieren en diversos pasajes a una lectura de su experiencia despojada de contenidos, perspectiva o sellos de género, mas no son pocas las expresiones que dan cuenta justamente de lo contrario. Cierto es también que la categoría género aparece en el escenario académico-político hacia mediados de la década de los setenta, especialmente entre las feministas universitarias de habla inglesa, mientras que en el mundo de habla hispana dicho concepto comienza a ser utilizado en los albores de los '80, a partir de la traducción de textos escritos ori-

ginalmente en inglés (De Barbieri, s/f). Sin embargo, aunque no existiera todavía en el vocabulario de la época en que se enmarca el ingreso de los primeros varones a Trabajo Social, la noción de género afloraba silenciosa en las formas de ver, de ser y de estar en el mundo, como correlato explicativo implícito del orden patriarcal imperante.

En tal dirección es útil la comprensión del género que sostiene De Barbieri (s/f), al concebirlo como “una cuestión de la sociedad y no sólo de los individuos y sus identidades [...] constitutivo de todas las relaciones sociales” (pág. 15). Se trata de una «construcción social compleja» que trasciende con mucho a la inmediatez de las relaciones entre mujeres y hombres, para extenderse a los contextos sociales en que tales interacciones se despliegan, sin dejar de considerar al género como una «relación de poder». Desde esta óptica resulta comprensible, entonces, que los entrevistados sostuvieran que sus vinculaciones con mujeres de distintas posiciones (compañeras de curso, profesoras, supervisoras de prácticas, colegas) no se tradujeron en relaciones conflictivas ni menos aún discriminatorias por el hecho de ser hombres en una carrera tradicionalmente considerada como femenina, sino justamente de ser una «cuestión de la sociedad» que naturaliza, normaliza y valoriza positivamente la incursión de los hombres en cualquier terreno que ya de antemano les pertenece por el hecho de ser hombres en un mundo patriarcal. La comprensión de De Barbieri es interesante a este respecto porque no apunta al género como «atributo de individuos», sino como «ordenador social» (s/f: 24). Para una mejor comprensión de ideas, este acápite se ha subdividido en tres puntos específicos.

Respecto de las motivaciones para entrar a la carrera

Como fue expuesto líneas arriba, algunos entrevistados establecen una diferenciación entre las motivaciones de los varones por entrar a Servicio Social: de corte político en el caso de los hombres, de corte humanitario y/o asistencial en el caso de las mujeres. Hay aquí una comprensión de género subyacente, puesto que remite a la con-

figuración de roles y ciertas ‘disposiciones’ o ‘condiciones’ diferenciadas para los géneros, donde el mundo de la ayuda, del cuidado del otro es asociado a lo femenino, y por tanto a las mujeres, mientras que el mundo público, lo político, la tarea de transformación del mundo, es asociado a lo masculino, y por tanto a los hombres.

Frente a las posibilidades de separar las motivaciones de los hombres por entrar a Servicio Social a partir de las diferenciaciones aludidas, algunos entrevistados sostienen: “Yo diría que mucho más fuerte en los hombres [la participación política como detonante de ingreso a la carrera]” (E1); “más bien ahí en la carrera como que se fueron perfilando estas mujeres [en su dimensión e intereses políticos]” (E2); “yo creo que es posible, pero no sería tan tajante. De hecho, yo me encontré con muchas compañeras que tenían militancia política. Yo creo que no era un problema de género; era un problema de la sociedad en su conjunto que estaba cambiando a pasos muy acelerados. Yo no creo que haya sido un problema de género, las mujeres más tradicionales y los hombres menos. Lo que los unía era esta posibilidad de transformación de la sociedad” (E4). Otro de los entrevistados también reconoce la presencia de estudiantes mujeres con compromisos políticos explícitos, aunque no de forma mayoritaria, como también la existencia de “hombres que, como decía Víctor Jara, no eran ‘ni chicha ni limoná’” (E2). Uno de los entrevistados identifica además una diferenciación respecto del papel de esos primeros estudiantes varones, a saber, “la inserción de los hombres clarifica las discusiones ideológicas y comienzan a despejarse algunas cuestiones, sobre todo las que venían de la tradición de la carrera, particularmente de la tradición católica y religiosa de la ayuda al prójimo, que se traducían en el asistencialismo, el ayudar al necesitado, al hermano desvalido, etcétera. Esa ideología dominante penetraba mucho en la conciencia femenina [...] Pero se hace más permeable justamente por esa discusión que se produce con la presencia de los militantes políticos, que la mayoría, predominantemente, eran hombres.” (E3).

Ahora bien, la incorporación de hombres a Trabajo Social fue un proceso que pasó casi desapercibido en los registros de aquel en-

tonces. Uno de los pocos *hallazgos* se encuentra en un texto acerca de la selección de estudiantes en la carrera, que entrega interesantes pistas respecto de posibles razones por las que los hombres se habrían interesado por esta profesión, en concordancia con su desarrollo hasta ese entonces, como también sobre el imaginario de lo femenino y lo masculino imperante en esos años. Así, se sostiene que “Diversos factores influyen en la composición actual de los estudiantes de trabajo social. La introducción en las universidades de la educación para el trabajo social y los cambios consiguientes en la imagen profesional [...] se han traducido en un cambio en cuanto a la composición por sexo del alumnado. Hasta hace poco, las escuelas eran casi exclusivamente de mujeres, pero se están recibiendo cada vez mayor número de solicitudes de varones, los que aportan un elemento más agresivo, más práctico y más objetivo.” (Paraíso, 1966: 25-26).

Respecto de la relación poder / saber

Una explicación posible frente a la aparente naturalidad con que se incorporaron los hombres a Trabajo Social puede ser encontrada a partir de una interpretación de los planteamientos de Ma. Angélica Illanes (2008), quien sostiene que las primeras visitadoras sociales no se alinearon en su origen al mito de la subversión prometeica. Para ella, estas profesionales del naciente Servicio Social “fueron creadas desde la propia costilla de los blancos sacerdotes, quienes les dieron vida y misión” (Illanes, 2008: 195). Desde esta perspectiva, entonces, resultaría comprensible la integración tan fluida de los primeros varones a la carrera de Trabajo Social, en tanto tránsito o un regreso hacia un espacio propio, creado por sí mismos, no a un espacio ajeno que fuera fruto de las luchas feministas por mayores espacios de despliegue igualitario.

En el escrito aludido se plantea también una interesante reflexión sobre la relación saber/poder que cobra pleno sentido al calor de estas líneas. En efecto, la tesis respecto de que las primeras visitadoras son creación propia de manos masculinas lleva aparejada dos momentos posteriores a ese acto fundacional. Así, en un

segundo momento o fase de desarrollo, estas profesionales –cual «prometeas»- rompen su incondicionalidad con quienes les dieron vida, “separándose de los mismos dioses olímpicos, desoyendo su mandato, apropiándose de sus saberes, compartiéndolo con los varones” (Illanes, 2008: 196). Esta etapa puede ser leída en relación con el ejercicio docente que no pocas asistentes sociales comenzaron a desarrollar en las escuelas de Servicio Social existentes. Si bien es cierto las primeras visitadoras fueron formadas principalmente por hombres provenientes de otras disciplinas, unas cuantas generaciones más adelante ya se contaba con académicas nacidas al amparo del Servicio Social, quienes comenzaron a formar también a las primeras generaciones de hombres en la carrera.

Un tercer momento en el itinerario que describe Illanes apunta al desenlace del mito prometeico *aplicado* al Trabajo Social, que se habría traducido en una transmisión de saberes no sólo hacia estas nuevas generaciones de asistentes sociales varones, sino finalmente hacia un “fructífero intercambio de saberes entre pobladores y trabajadoras sociales en Chile: momento histórico para la liberación de estas *prometeas* trabajadoras sociales de la responsabilidad de su único-saber, habiéndose encontrado con los Prometeos/as pobladores/as con quienes compartir saberes, en la absoluta igualdad de la absoluta alteridad.” (Illanes, 2008: 216).

Respecto de esos dos últimos momentos (desarrollo y desenlace), es posible desplegar nuevas lecturas en relación con la experiencia recogida a partir de los testimonios de los primeros estudiantes de Servicio Social en la década de los '60 e inicios de los '70. Respecto de la segunda etapa, se recogen referencias a la labor docente de las asistentes sociales, la cual, a diferencia de lo que pudiera haberse supuesto, no reflejaba una división taxativa entre *ramos teóricos* y *ramos prácticos*, atribuibles a profesores hombres y a profesoras mujeres, respectivamente. No. El relato de estos primeros estudiantes sostiene que las asistentes sociales docentes estaban mayoritariamente a cargo de los cursos de la línea profesional –disciplinarios y talleres–. Luego, los profesores

(hombres) ejercían docencia en asignaturas como derecho, estadística, psicología, sociología, cursos vinculados a medicina, entre otros. La diferenciación, entonces, estaba dada por otro factor que igualmente remite a una condición de género en términos estructurales, a saber, que “en las escuelas se reproducía un fenómeno general de la sociedad: ¿cuántas juristas, cuántas profesoras había en la Escuela de Derecho?, ¿cuántas profesoras había en las escuelas de medicina?, ¿cuántas profesoras había en las escuelas de ciencias sociales? Entonces, de dónde iban a sacar...” (E1)⁴.

Sumado a ello, en relación con el tercer momento (desenlace), las referencias de Illanes (2008) se sitúan en la época de la Reconceptualización/años 60-70, en donde es palpable la influencia decisiva del contexto socio-político como marco de acción de un Trabajo Social, que “no puede ser una acción ‘sobre’ las personas ni ‘para’ ellas, sino ‘con’ ellas (Aylwin, Poblete y Solar, 1970: 11). En este escenario, no resulta extraña la lectura de Illanes en torno a que la condición que posibilita la liberación prometeica está dada por la posibilidad de compartir los saberes con el mundo popular, con los pobladores que se transformaron en aquellos años en actores de primerísimo orden, en una relación entre éstos y los trabajadores sociales signada por “la absoluta igualdad de la absoluta alteridad” (Illanes, 2008: 216), lo que la autora denomina la perspectiva de la «aproximación». Dicha mirada coincidiría con “la idea de que [Trabajo Social] era un espacio que permitía vincularse con los sectores populares y trabajar con ellos articulando movimiento, articulando acción social comprometida y crítica” (E1).

⁴ A diferencia de lo expuesto por los entrevistados, Matus enfatiza las dificultades “que tuvieron posteriormente las asistentes sociales que se dedicaron a la academia, con los cientistas sociales, la gran mayoría hombres, quienes consideraban que a ellos les correspondía exclusivamente dar la formación teórica y que las profesoras asistentes sociales debían sólo ocuparse de la docencia práctica.” (Matus, 2008: 231).

Respecto del papel de modelos para futuras generaciones de hombres trabajadores sociales

Desde un enfoque de género también es importante relevar el papel de ejemplo o espejo que cumplen estos primeros asistentes sociales para las futuras generaciones. Una observación muy precisa abre esta reflexión: tras estos primeros estudiantes varones en Servicio Social, “empezó a darse un crecimiento en que prácticamente se iba doblando el ingreso, con fuerte énfasis a partir del ’66-’67” (E1), situación que es nítidamente atribuida al hecho de “saber que ya había hombres estudiando Trabajo Social, que también era una profesión para hombres” (E1).

Un estudio sobre jóvenes que actualmente eligen profesiones femeninas –entre ellas Trabajo Social– enfatiza este aspecto modélico⁵, en virtud de lo cual se observa que dichos jóvenes, “en Trabajo Social sí se han logrado identificar con varones de su disciplina, que cumplen un rol destacado” (Valenzuela; De Keijzer, 2015: 10). Es interesante este planteamiento, porque significa que esos primeros hombres que ingresaron a la carrera cumplieron –voluntaria o involuntariamente– un papel de precursores o modelos para futuras generaciones de trabajadores sociales varones. Aunque se debe precisar que ello no formaba parte de las motivaciones o desafíos explícitos de los entrevistados, en ningún caso. Este elemento resulta nuevamente llamativo desde una perspectiva de género. Al parecer ese papel de *pioneras*, de ir abriendo caminos y conquistando nuevos territorios (como se entiende el concepto en el Diccionario de la Real Academia Española) es aplicable con propiedad a las mujeres, que por su condición de tales se introducen en terrenos tradicionalmente masculinos, inexplorados, como si de un proceder novedoso se tratase. Si es al revés, no sorprende ni tiene dicha connotación: el mundo, y todo lo que hay en él, in-

⁵ Se alude a la investigación desarrollada por A. Valenzuela y F. De Keijzer (2015). Allí se refleja, en contraposición a lo que ocurre en Trabajo Social, la situación de los varones de Enfermería y Terapia Ocupacional, quienes casi no tienen modelos de hombres en su profesión, como bien relata uno de los entrevistados de dicho estudio: “En nuestra Facultad, hay profesores hombres, pero no son enfermeros”. Ver detalles en bibliografía.

cluidas las profesiones como espacios de desarrollo, le pertenece a los hombres.

Este mismo efecto espejo es posible ubicarlo también como una de las razones de por qué en Chile se comienza a permitir el ingreso de hombres a la carrera, siguiendo la impronta de países como Estados Unidos, Francia, Canadá, Bélgica o Suecia. Esto se habría visto respaldado por la activa participación de las escuelas de Servicio Social chilenas en redes internacionales y asociaciones de escuelas. Frente a éstas, Chile se iba quedando en una posición rezagada, ante lo cual, “entonces la entrada de los hombres también era un signo de modernidad” (E1).

Lo político

Frente a la ‘invisibilización’ de la perspectiva de género como elemento de análisis de la vivencia de los primeros estudiantes varones a Trabajo Social, lo político emerge como ‘el gran relato’ o la gran fuente explicativa de lo acaecido. En diferentes partes de las narraciones de los entrevistados se remite, se ahonda y se vuelve una y otra vez a factores como el contexto político de la época, la alta politización de la sociedad en aquel entonces, o la necesidad de posicionarse políticamente, entre otros. Así, por ejemplo, se sostiene: “¿Cuál es la idea que hay en esa época? Que hay que comprometerse política y socialmente [...] Entonces, esa motivación hace que muchos militantes de juventudes de partidos ingresen a Servicio Social justamente por esa expectativa que hay” (E3).

La investigación sobre el desarrollo histórico de la profesión, realizada por Castañeda y Salamé (2010) apunta en el mismo sentido. Una de las entrevistadas para dicho estudio, académica entre los años 60 y 73, relataba: “Las cosas funcionaban más o menos... porque no dependía exclusivamente de los profesores... porque mira: tú estabas haciendo clases y, de repente, se abrían las puertas de la sala... y todo el curso salía a la toma. A veces quedaban dos o tres alumnos en la sala y ya era difícil seguir con la clase... se iba todo el curso a las tomas de los terrenos.” (p. 8). Otra entrevistada

para este mismo estudio, estudiante de aquella época, sostiene: “la mayoría de los dirigentes del movimiento estudiantil eran estudiantes de servicio social” (p. 9).

La política no sólo se cuele en las aulas universitarias de aquel entonces, sino que se instala con propiedad en ellas. Los cambios en las mallas curriculares se suceden en búsqueda de un temario capaz de responder a desafíos sociales emergentes. Se incorporan nuevos contenidos como cooperativismo, educación popular, trabajo social comunitario, sociología del desarrollo, materialismo histórico, políticas sociales, filosofía, entre otros. Aparejado a ello son cuestionados y van quedando fuera contenidos que fueron parte del sello de identidad de los primeros años del Servicio Social en Chile, especialmente aquellos vinculados a los ámbitos sanitario y jurídico. Pese a que la orientación progresista es clara, en las universidades no todo era militancia de izquierda, sino que también había representantes de partidos y/o grupos de derecha o más conservadores e incluso de extrema derecha. Ya fuera de una posición u otra, lo claro sí es que había poco espacio a posiciones despolitizadas.

Cabe destacar, además, que los testimonios de los entrevistados en torno a la primacía de la política como marco social de la época son coincidentes con las fuentes históricas disponibles, en donde se visibilizan dos tendencias. Por una parte, un fuerte énfasis en las condiciones del convulsionado y politizado devenir de los 60 y 70. Por otra, una omisión casi total respecto de la incorporación de varones a la carrera y en definitiva a la profesión. Respecto de lo primero, a modo de ejemplo, un artículo de la revista *Impacto en Servicio Social*, editada desde la agitada realidad de la Universidad de Concepción, alude, en un número de 1971, a un Servicio Social que “debe adquirir un real compromiso con la revolución chilena y éste no es otro que ser un elemento auxiliar de los obreros y campesinos, fortaleciendo política y materialmente las organizaciones de base de las clases revolucionarias, en que se preparan para el asalto y la toma del poder político [...] Este y no otro es el compromiso del Servicio Social.” (Cáceres, 1971: 9).

Política y género

Empero, como se conoce, la política ha sido desde sus orígenes una actividad masculina y/o masculinizada. En las polis griegas las mujeres estaban fuera de la condición de ciudadanos. Si bien es cierto esto fue cambiando con el paso de los siglos, se ha tratado de un lentísimo avance hacia una situación que –no obstante– aún no se traduce en una plena igualdad. No deja de ser llamativo, después de todo, que en Chile las mujeres pudieran ir primero a la universidad antes que votar. La primera Escuela de Servicio Social, de hecho, abre sus puertas, casi un cuarto de siglo antes de que las mujeres pudieran ejercer su derecho a voto; o sea, hasta 1949 las mujeres chilenas podían llegar a ser profesionales, mas no ciudadanas plenas. En tal escenario, no resulta sorprendente la baja participación de mujeres en política, estadísticamente hablando. Así, llegados a la década de los '60 y '70, las mujeres en términos generales ostentan bajos niveles de participación política, especialmente de representatividad y liderazgos populares.⁶

No obstante lo anterior, o más aun considerando lo anterior, no hay política inocua, aséptica ni despojada de componentes ideológicos, valóricos o de género. Como bien señala Oyarzún (2006), un sistema sexo género incide al menos en los siguientes aspectos: los símbolos y las representaciones; los mitos, las normas y los valores sociales; las relaciones eróticas, sociales, políticas y culturales; la producción de objetos, de sujetos y de afectos. En consecuencia, que lo político se haya venido organizando a través de los siglos de acuerdo con códigos y miradas masculinas no es mero producto del azar. Que las mujeres hayan estado históricamente marginadas de la actividad política tampoco lo es. Que los primeros varones en

⁶ En 1952, las mujeres representaban un 32,3% del total de votantes. Para las elecciones presidenciales de 1958 las mujeres ascendieron levemente al 35,1% del universo electoral. En 1964 las mujeres ya alcanzaban el 44,1% del total del padrón electoral de aquel entonces. En 1970, dicho porcentaje aumentó al 48,8%. Para las elecciones de 1989, las mujeres representaron el 52% de los votos emitidos, cifra que se ha mantenido constante durante el tiempo. Estadísticas extraídas de la web del Senado de la República (2013). Detalles en bibliografía.

Trabajo Social tuvieran motivaciones más políticas en relación con su ingreso a la carrera tampoco es mera casualidad.

De esta forma, no es posible separar taxativamente el campo de la política de la perspectiva de género, dado que las construcciones de género influyen en la configuración de lo político, así como lo político influye en los avances (y en algunos casos retrocesos) en materia de igualdad de géneros.

Ahora, cabe preguntarse si es que ¿son entonces los hombres los que llevan la política a las aulas universitarias? ¿Son los hombres quienes politizan el Servicio Social de la época? Algo de esto aflora en el relato de uno de los entrevistados: “las antiguas generaciones de asistentes sociales lo veían con bastante suspicacia y sospecha justamente por la intromisión del factor, digamos, político... por una parte, que estaban contaminando la profesión, pero por otro lado, qué tiene que hacer un hombre en tareas que son propias de las mujeres y de la profesión” (E3). Ante la consulta respecto de dónde se visibilizaban estas preocupaciones, el entrevistado responde: “En algunos casos, en las Escuelas, con el equipo docente. Y otros, con las antiguas colegas profesionales” (E3). Una fuente escrita de la época refleja estos resquemores, cuando hacia fines de los '60, se advierte que “el trabajo social está perdiendo su valor altruista para la clase alta tradicional, de cuyo seno surgieron quienes primero lo promovieron [...] Muchos son los síntomas que revelan el cambiante temperamento de los estudiantes de trabajo social. En los últimos dos o tres años los estudiantes se han organizado para iniciar reformas en sus escuelas” (Paraíso, 1966: 24-25).

No obstante lo anterior, como se ha dicho, la incorporación de hombres a Trabajo Social fue un proceso que pasó casi desapercibido en los registros de aquel entonces.

Mundo del trabajo

Unido a las dos categorías anteriores, el mundo del trabajo emerge también como otro gran referente explicativo del proceso de

incorporación de hombres a la carrera de Trabajo Social allá por los años 60-70. Esto debido a la centralidad que tenía el trabajo en el contexto universitario de la época, especialmente a través de las prácticas, que empezaban tempranamente, en consonancia con la influencia de un contexto socio-político que impulsaba a la acción en pos de una transformación del mundo circundante. Destaca especialmente a este respecto, la experiencia de la Universidad Católica de Santiago, que promovió el ingreso de estudiantes provenientes del ámbito laboral, cuestión que –unida a una lectura desde el género– da como resultado apreciaciones como ésta: “*El mundo de nosotros era un mundo masculino, pero más adulto. No fue un mundo de compañeras mujeres tan de igual a igual, digamos, desde el punto de vista de la edad... ellos eran más grandes.*” (E4).

Las prácticas como apertura al mundo laboral

Como se señalaba, la incorporación a las prácticas en Trabajo Social constituyó una experiencia decisiva para la vivencia de estos primeros hombres en la carrera. Según se describe, “casi la mitad del tiempo uno lo ocupaba trabajando en talleres, en talleres físicos, en fábricas [...] Las prácticas eran desde el inicio. Entonces la práctica, en ese tiempo, era lo sustancial, y las teorías eran complementarias” (E4).

Esto se puede ver refrendado en la revista de Trabajo Social de la Universidad Católica, que en 1970 relataba la experiencia de una estudiante en práctica en un supermercado de la zona sur de Santiago, quien se desempeñó allí como empaquetadora, actividad con “el más bajo status dentro de la estructura de poder [de dicho establecimiento]” (Jara, 1970: 22). Una vivencia similar es la que relata uno de los entrevistados: “Habían distintas prácticas. Pero, por ejemplo, una práctica que tiene relación con eso fue en COTRALACO, que era una cooperativa de trabajadores que se dedicaba a hacer productos para instalaciones eléctricas, postes, cables, y uno trabajaba de obrero. La práctica no era una práctica sobre el oficio del Trabajo Social, sino que era una práctica sobre la vinculación al mundo real [...] Entonces, el concepto de prác-

tica no era la práctica del oficio. Era el concepto de la práctica del vínculo con el mundo social, real, por ponerlo entre comillas. Y por tanto, tenía mucho que ver con la forma del trabajo, con la forma de acercamiento al mundo laboral, o al mundo social en el caso de la gente que hacía cuestiones más poblacionales” (E4).

Esto es coincidente con otro artículo de la época, que en relación con las prácticas de la carrera afirmaba: “Nuestro centros de práctica deberán tenerse en todos aquellos organismos de base del proletariado (sindicatos, organizaciones campesinas, organizaciones de pobladores, etc.) con el fin de fortalecer política y orgánicamente los embriones del poder proletario, que les permita la toma del poder político hacia la construcción del socialismo en Chile.” (Cáceres, 1971: 16).

En tal dirección, las experiencias de práctica estaban centradas en la comprensión y vivencia del mundo laboral in situ. Se las visualizaba como casi totalmente escindidas de connotaciones de género, nada más adscritas a la lógica del mundo laboral imperante. Un ejemplo de ello es el siguiente discurso: “Lo que pasa es que uno elegía prácticas. Pero en las prácticas de obras públicas había mujeres y hombres [...] Lo que pasa es que el elemento de género, yo tengo la impresión de que en esa época era mucho menos marcado que ahora, o sea, las relaciones de género no eran ‘esto es para los hombres’, ‘esto es para las mujeres’. Yo creo que era un mundo –dentro de los procesos culturales–, era un mundo bastante más abierto, más igualitario en ese sentido [...] Era un mundo de mucha velocidad, muy ligado a las dinámicas sociales. Entonces, yo no tengo la sensación de que haya habido grandes diferencias entre hombres y mujeres” (E4).

Respecto de posibles situaciones de discriminación a las estudiantes mujeres en práctica en el mundo laboral masculinizado de aquel entonces, se responde: “No, porque depende a qué te dedicabas. Si estabas ocho horas dedicado a una prensa que tenía como 50 grados de calor, claro, probablemente era una prueba física, pero no de género. Pero cuando tú empezabas a participar en las

reuniones de los sindicatos, en las tomas, en las reuniones de análisis de bienestar, yo creo que no había ninguna diferencia. Ahora, probablemente hay ciertos espacios en Trabajo Social en que las mujeres lo pueden hacer mejor... pero depende... es tan amplio el mundo del Trabajo Social, que yo creo que la diferencia no la hace el género, sino que la hace lo que tú elijas.” (E4).

Otra opinión al respecto señala: “En Chile, como vivíamos en la ebullición de los ’70, donde todo era organización, concientización, que lo hiciese un hombre, una mujer, no era tema... No era tema en las nuevas generaciones, porque las antiguas generaciones de asistentes sociales veían con bastante suspicacia y sospecha la intromisión de los hombres justamente por el factor político, por una parte, que estaban contaminando la profesión. Pero, por otro lado, qué tiene que hacer un hombre en tareas que son propias, digamos, de las mujeres y de la profesión.” (E3).

Trabajo y género

Nuevamente el elemento de género se cuela en los recovecos del mundo laboral, como se refleja en el siguiente discurso: “Lo que pasa es que el mundo del trabajo también era distinto. En ese tiempo nada que ver eso de las becas... nosotros nos hacíamos hombres a los 18 años y había que entrar a trabajar desde siempre. Por tanto el mundo universitario era también un mundo del trabajo. De hecho muchos de nosotros también trabajábamos” (E4).

Así, el mundo del trabajo, ya fuera incluso en los márgenes de la universidad, se desenvolvía dentro de una lógica masculina y/o masculinizante respecto de quienes se desempeñaban en él. Cabe precisar que en 1970 el porcentaje de mujeres que trabajaba remuneradamente era sólo de un 22,9% (Mauro, Godoy y Díaz, 2009: 331).

Ahora bien, antes y después de esa época, el trabajo se ha constituido desde la lógica de la segregación de ocupaciones de manera diferenciada para mujeres y hombres. En dicho escenario, los movimientos en direcciones opuestas –esto es, mujeres en trabajos ‘de

hombres' u hombres en ocupaciones 'de mujeres' – son siempre un fenómeno nutricional para el análisis desde diversas perspectivas, entre ellas el enfoque de género. A juicio de Ibáñez (2008), la segregación ocupacional es un elemento «estructural» y «estructurante» del mercado del trabajo. Estructural en virtud de que hay un porcentaje de ocupaciones desempeñadas principalmente por hombres y otras en su mayoría por mujeres y los contenidos de dichas ocupaciones segregadas están asociados a los estereotipos sexuales claramente delimitados. Es estructurante por el carácter emulativo que tiene la elección ocupacional, de forma que hombres y mujeres tienden a elegir estudios en los que hay referentes de su propio sexo o de su propia imagen de género. Lo interesante sería, entonces, que en el caso de estos primeros hombres que entraron al Servicio Social de aquella época no se corrobore esta lógica estructurante, pues ingresan a una carrera u ocupación típicamente femenina en la cual no había referentes masculinos. Lo interesante además es cómo, a partir de dicho ingreso no emulativo de otros hombres, se configuran procesos y efectos particulares muy llamativos.

Como evidencia, Ibáñez remite a una investigación cualitativa sobre hombres en ocupaciones femeninas⁷, en donde se observaron cuatro efectos por los que los varones parecen beneficiarse de su estatus de minoría, a saber:

- «Efecto de autoridad asumida», pues asumen mejor el liderazgo;
- «Efecto de consideración especial», pues consiguen un trato diferencial;
- «Efecto de carrera», por el que se les asocia con una actitud ante el trabajo más centrada en la carrera, más profesionalizada;
- «Efecto de zona de confort», por el que, al mismo tiempo, se sienten a gusto trabajando con mujeres (2010: 148).

⁷ El estudio aludido fue realizado por R. Simpson, R. de él se dio cuenta en un artículo de 2004 titulado "Masculinity at Work: The Experiences of Men in Female Dominated Occupations". Work Employment Society. 18: 349-368. Incluyó el desempeño de hombres en las siguientes ocupaciones: bibliotecarios, azafatos de aviación, enfermeros y maestros.

Especialmente pertinente resulta, sin duda, la última de las categorías establecidas en dicha investigación, puesto que coincide plenamente con la realidad descrita por los entrevistados, en cuanto a haberse sentido bien recibidos y acogidos en este nuevo mundo, primero en su calidad de estudiantes de Servicio Social y luego en el mundo laboral, ya como asistentes sociales propiamente tales. Esa «zona de confort» a la que se alude habría sido visible entonces en la diversidad de espacios de formación y profesionales en que comenzaron a desplegarse aquéllos. Como es factible suponer, dicha recepción tan comfortable ha sido diametralmente opuesta en el caso de mujeres que decidieron ingresar a territorios ocupacionales tradicionalmente masculinos. Baste recordar, primeramente, que las mujeres tuvieron vedado el acceso a las aulas universitarias hasta 1877, cuando el denominado decreto Amunátegui permitió su ingreso. Luego, lejos de esa comfortable bienvenida, gráfica es la situación de las primeras estudiantes de medicina –Eloísa Díaz y Ernestina Pérez– quienes según relatos de la época (fines del siglo XIX) “debían asistir a clases con sus madres y [...] eran miradas en menos, costándoles ganarse el respeto de sus profesores y compañeros.” (Sepúlveda: 2008: 166). Por si esto pudiera parecer literalmente de otro siglo, y por tanto cuestión superada, estudios recientes reafirman las dificultades que deben enfrentar las mujeres cuando aún en la actualidad deciden incursionar en terrenos considerados tradicionalmente como masculinos. Tal es el caso, por ejemplo, de las mujeres en la construcción y en la gran minería, en donde “el peso de ciertos patrones culturales parece operar como un verdadero muro de contención a la movilidad de las trabajadoras en el empleo” (Díaz, 2014: 14).

Corolario

Para finalizar, se presenta un conjunto de reflexiones finales transversales de manera muy acotada.

(1) Ciertamente, un tema como el abordado posibilita reflexiones aún más extensas e intensas que las aquí presentadas. Es este un

primer acercamiento que espera ser continuado con nuevas líneas de análisis.

(2) Naturalidad (aparente) es una buena palabra para representar el proceso vivido a partir de la incorporación de hombres a la carrera de Trabajo Social en Chile a partir de los años 60-70. Naturalidad y normalidad es lo que describen la mayoría de los entrevistados en base a sus propias experiencias personales como varones ingresando a una carrera considerada tradicionalmente como femenina. Sin embargo, que algo se constituya como un fenómeno tan fluido no es inocuo, pues en ello también intervienen consideraciones de género.

(3) La irrupción de hombres en Trabajo Social se produjo justamente por parte de quienes ya tenían un posicionamiento público/político *ganado* de antemano por el solo hecho de ser hombres en un mundo patriarcal. En virtud de esto, estos primeros hombres no requirieron justificar su entrada en dicho campo, ni demostrar nada, ni desplegar procesos de legitimación dentro de él. Esto, a diferencia de lo que ha ocurrido y aún sigue ocurriendo con las mujeres que ingresan a terrenos masculinos, en donde deben «de - de - de mostrar», como grafica Illanes (2008), sus condiciones o cualidades para ocupar nuevos espacios.

(4) Contra la unanimidad entre los entrevistados respecto de que su proceso de ingreso a Trabajo Social no debiera ser leído desde una perspectiva de género, justamente porque el género no habría sido un factor determinante ni influyente, estas líneas asumen que sí es un tema de género, dado que dicha perspectiva se muestra como necesaria y propicia para un análisis acucioso y suspicaz de dicho proceso, al modo de un meta discurso. No hay asepsia ni neutralidad posible al respecto. Ciertamente es también que el género como categoría conceptual emerge en el escenario académico y político con posterioridad a la entrada de estos primeros estudiantes a Trabajo Social. De ahí que no fuera en aquella época parte de los discursos desde los cuales comprender e interpretar la realidad circundante.

(5) Entre líneas fueron emergiendo algunas consideraciones que vinculan el período en que comienzan a ingresar hombres a Trabajo Social con un cambio en la consideración del mismo, con un tránsito hacia una configuración profesional más política o politizada y crítica, como se ha señalado, a la vez que con un mayor enriquecimiento de la profesión en general. Así, se recogen testimonios como los siguientes: “Creo que para la profesión ha sido benéfico tener las dos miradas. Le da mucha más fortaleza a la profesión tener esas dos miradas...” (E3); “Yo diría... pero sería pretencioso ponerlo como que fuera algo exclusivo de los hombres, porque no es tan así. Yo diría que en general el aporte de los hombres fue el plantear la apertura del Trabajo Social a otras instancias, en el sentido de que hicieron un aporte en lo político. De alguna manera desviaron la cosa, rompiendo con este tema de la neutralidad. No digo que lo hicieron sólo ellos, porque había muchas mujeres que también lo planteaban” (E1); “Me cuesta a mí pensar que fuimos nosotros los que hicimos los grandes cambios” (E5).

Junto con ello, algunos entrevistados destacaron también lo que para los hombres significó su ingreso a una carrera signada como femenina. Al respecto, se recogen dos testimonios muy elocuentes: “Ahí el mundo femenino le ha ayudado a los hombres a ser más sensibles con los problemas, con esa emocionalidad humana” (E3); “Al final del día, en el balance, tal vez los que entramos a estudiar Trabajo Social recibimos más aportes de las mujeres de los que nosotros pudimos haber hecho. Básicamente porque –a cambio de todo lo que pudiéramos haber aportado– lo que nosotros recibimos fueron los insumos para la deconstrucción de la masculinidad patriarcal con la que llegamos a las escuelas (...) Nos enseñaron una nueva forma de establecer la relación con el mundo femenino” (E1).

Bibliografía

Acuña, M.J.; Bustos, V.; Cancino, N.; Chavarría, A.; González, D.; Olivares, D. (2014). Trabajo social y nuevas masculinidades: ¿los estudiantes varones de la disciplina de trabajo social pertenecientes a la Universidad Católica Silva Henríquez incorporan elementos atribuibles a las llamadas nuevas

- masculinidades? Tesis de Licenciatura en Trabajo Social. Profesora guía: Ana María Álvarez. Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Antriao, P.; Gálvez, G.; González, B.; Paredes, A.; Ramírez, D.; Riffo, T.; Rogel, B.; San Martín, M.J. (2012). Hombres que estudian profesiones propiamente femeninas: ¿Transforman su Masculinidad? Tesis de Licenciatura en Trabajo Social. Profesora guía: Sandra Iturrieta. Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Aylwin, N.; Poblete, M.; Solar, M.O. (1970). Orientaciones para la acción del trabajo social. *Trabajo Social*, 1, (1), p. 5-12.
- Cáceres, L. (1971). Trabajo Social: Reforma o Revolución. *Impacto en Servicio Social*, II, (2), p. 9-10.
- Cáceres, L. (1971). El movimiento estudiantil. *Impacto en Servicio Social*, II, (2), p. 15-16.
- Castañeda, P.; Salamé, A. M. (2010). *Perspectiva histórica de la formación en Trabajo Social en Chile*. Recuperado el 2 de junio de 2015. De: <http://www.trabajosocialudec.cl/rets/wp-content/uploads/2010/12/historiaformacion.pdf>
- Cordemans, L. (1927). De la caridad al Servicio Social. *Servicio Social*, 1, (1-2), p. 3-7.
- De Barbieri, T. (s/f). *Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género*. Recuperado el 12 de mayo de 2015. De http://www.iidh.ed.cr/comunidades/derechosmujer/docs/dm_documentoPub/Estudios%20Basicos%204/3.%20Certezas%20y%20malos%20entendidos.pdf
- Delgado de Pinto, J.; Araneda, L.; Castillo, R. (1967). Investigación de los requerimientos actuales del Servicio Social. *Servicio Social*, XLI, (3), p. 4-14.
- Díaz, E. (2014). *Mujeres en trabajos de hombres: segregación ocupacional y condiciones laborales en los sectores minería y construcción*. Santiago: Departamento de Estudios de la Dirección del Trabajo.
- Ibáñez, M. (2010). Al otro lado de la segregación ocupacional por sexo. Hombres en ocupaciones femeninas y mujeres en ocupaciones masculinas. *Revista Internacional de Sociología*, 68, (1), p. 145-164.
- Illanes, M.A. (2008). Las prometeas. Servicio Social mujeres Chile, siglo XX. En S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas: fragmentos de una historia* (p. 195-217). Santiago: Catalonia.
- Jara, M.C. (1970). El taller: una experiencia pedagógica. *Trabajo Social*, 1, (1), p. 21-23.

- Matus, T. (2008). Las pioneras del trabajo social en Chile. En S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas: fragmentos de una historia* (p. 219-234). Santiago: Catalonia.
- Mauro, A.; Godoy, L.; Díaz, X. (2009). *Trabajo y empleo femenino en Chile 1880-2000. Su aporte al desarrollo del país desde la economía doméstica, el trabajo voluntario y el trabajo remunerado*. Informe final proyecto Fondecyt Regular n° 10 60057. Santiago. Recuperado el 18 de junio de 2015. De <http://www.cem.cl/publica/trabajo.pdf>
- Oyarzún, K. (2006). Entre lo crudo y lo cocido: Sistema “Sexo-Género”. En K. Oyarzún [et al.], *Labores de género. Modelo para rearmar el trabajo* (p. 9-18). Chile: Generam.
- Paraíso, V. (1966). Selección de estudiantes: requisitos para asumir las responsabilidades en el Servicio Social contemporáneo. *Servicio Social*, XXXIX, (3), p. 14-29.
- Senado de la República (2013). *Mujeres en política: los derechos con corse, el voto femenino y su participación en cargos de poder*. Recuperado el día 25 de junio de 2015. De http://www.senado.cl/mujeres-en-politica-los-derechos-con-corse-el-voto-femenino-y-su-participacion-en-cargos-de-poder/prontus_senado/2013-12-13/120728.html
- Sepúlveda, C. (2008). Las mujeres chilenas en la medicina. En S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas: fragmentos de una historia* (p. 165-172). Santiago: Catalonia.
- Valenzuela, A. (2014). Masculinidades y estudiantes de Trabajo Social. *Rumbos Trabajo Social*, 9, (9), p. 37-44.
- Valenzuela, A.; De Keijzer, F. (2015). *Identidades Masculinas en Estudiantes y Docentes de la Universidad Central que eligen profesiones asociadas socialmente como femeninas*. Ponencia presentada en V Coloquio Internacional de Estudios de Varones y Masculinidades. 14-16 enero, Santiago de Chile.